

Palabras del Presidente Ejecutivo de la CAF, Enrique García, en la sesión de apertura de la Asamblea Anual de Felaban

Deseo brindar un cordial saludo al presidente de Felaban, Fernando Pozo; David Schwartz y Patricia Roth de FIBA; Maricielo Glen de Tobón, Secretaria Ejecutiva de Felaban; así como a todos ustedes banqueros de la región y de los Estados Unidos que se reúnen en esta importante Asamblea.

Esta reunión es de suma importancia porque no sólo permite ahondar en temas que son vitales para el desarrollo de la región, sino que se constituye en un foro en el cual se realizan contactos en la perspectiva de promover negocios que redundarán en el desarrollo de las economías de la región.

El propósito central de mi exposición es hacer algunas reflexiones sobre el rol del sector financiero en el contexto de una “agenda integral de desarrollo para América Latina”, que incluya simultáneamente objetivos de estabilidad, eficiencia y equidad.

América Latina: crecimiento en un contexto externo favorable

Como punto de partida, debo señalar que estamos atravesando uno de los mejores momentos económicos de los últimos 30 años. Especialmente, los últimos cinco han sido excelentes para la región. Hay una bonanza macroeconómica que se ha traducido en una mejora en una serie de indicadores en materia de crecimiento, estabilidad financiera, balance externo, reservas, reducción de la deuda, entre otros.

Sin embargo, hay que tener cautela. Si bien esta bonanza es, en buena parte, el resultado de un trabajo muy efectivo que los países han hecho en tomar conciencia de que la estabilidad macroeconómica es un acervo fundamental y una precondition para un crecimiento económico sostenible de calidad; no hay que olvidar que una parte muy importante de esta bonanza se explica por hechos que han sucedido fuera de la región. La economía mundial, en este sentido, se ha mantenido muy dinámica durante varios años, impulsada por los Estados Unidos y, principalmente, por el surgimiento de fuerzas económicas importantísimas en Asia, particularmente en China e India. Este mayor dinamismo global ha significado un gran impulso para los precios de los principales productos de exportación de la región y ha permitido que los términos de intercambio hayan mejorado dramáticamente. Este ha sido un importante factor dinamizador para América Latina. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que el ciclo de bonanza mundial podría revertirse, situación que elevaría la vulnerabilidad externa de la región con los efectos consiguientes sobre crecimiento, empleo y bienestar.

Desafíos microeconómicos

Sin perjuicio del buen comportamiento macroeconómico, la región enfrenta importantes desafíos en el ambiente microeconómico. Si analizamos temas

centrales como logística e infraestructura, profundidad de los sistemas financieros, estado de la tecnología, calidad del recurso humano -vale decir aspectos que definen la competitividad en un sentido amplio-, la región registra una creciente brecha en comparación con el resto del mundo. De acuerdo con los índices de competitividad del Foro Económico Mundial, la percepción es que de 125 países en el mundo, América Latina, en promedio, se ubica en la posición 66. Hay un sólo país en la región debajo de la posición 30, que es Chile. Hay dos o tres países debajo de la posición 50, pero el resto está por encima y hay aproximadamente diez países por arriba de la posición 90.

Retos en materia de inclusión social

Un aspecto crítico que deseo resaltar es el de la pobreza e inequidad social. Si bien la pobreza se ha reducido en casi todos los países y se cuenta, actualmente, con un mayor acceso a servicios básicos –como educación y salud–, la región tiene la peor distribución del ingreso del mundo. Tasas persistentes de desempleo, subempleo e informalidad prevalecen en muchos países, incluso en aquellos que han logrado sostener importantes recuperaciones en su actividad económica. De igual modo, los salarios reales de la región se ubican por debajo de los niveles registrados décadas atrás. Todo lo anterior ha confluído en una creciente frustración de la mayoría de los latinoamericanos por la lenta mejora en su calidad de vida y la percepción de escasas oportunidades de ascenso social. No hay soluciones fáciles y aisladas a estos problemas. Con realismo, no obstante debo destacar que sin una base sólida que respalde un crecimiento de calidad, será muy difícil lograr resolver los problemas de inequidad, empleo y marginalidad en una forma sostenible.

En el marco anteriormente expuesto, quisiera referirme a ciertos desafíos estructurales que América Latina deberá enfrentar para sentar las bases de un mayor desarrollo con equidad que se sustente en un crecimiento sostenible de calidad.

Diversificación y generación de ventajas competitivas

La región, salvo algunas muy pocas excepciones, continúa teniendo una alta concentración en sus exportaciones, en lo que esencialmente son *commodities*. Es decir, la buena suerte de contar con precios altos del petróleo, de la soya, de los minerales, que sustentan la presente bonanza macroeconómica, al mismo tiempo puede verse como una mala fortuna, puesto que nuevamente surge el incentivo de volver a un modelo basado en una excesiva concentración en exportaciones de productos primarios no elaborados, sobre la base de ventajas comparativas. Esto hace que las economías de América Latina, particularmente en varios países de Suramérica, sean vulnerables a reversiones en el ciclo de las materias primas, con impactos potencialmente muy adversos. La región debe transitar hacia una transformación productiva que logre una mayor diversificación de las exportaciones con ganancias de productividad. De esta manera, el rico

acervo de recursos naturales podrá servir de plataforma para la generación de ventajas competitivas y poder sostener mayores tasas de crecimiento económico.

Productividad

Vinculado a lo anterior, la región enfrenta el gran desafío de sostener mayores tasas de expansión de la productividad. En esta materia, los países latinoamericanos han venido perdiendo terreno frente a las economías más dinámicas de Europa Central y del Este Asiático, lo que se ha reflejado en una canasta exportadora latinoamericana de bajo valor agregado y escaso contenido tecnológico. Para sostener una mayor expansión de la productividad, la región deberá invertir en una mano de obra más calificada de acuerdo a las necesidades productivas y demandas del mercado externo. Asimismo, deberá invertir en investigación y desarrollo, fortalecer sus sistemas de innovación, proveer un marco regulatorio e institucional que conduzca a un mayor emprendimiento e iniciativa empresarial, entre otros aspectos.

Ahorro e inversión

Sostener mayores niveles de crecimiento también demanda un mayor esfuerzo en la acumulación de factores productivos. En este sentido, los países latinoamericanos muestran bajos niveles de ahorro e inversión. Incluso aun en la situación de bonanza por la que ha atravesado la región durante los últimos años, América Latina ahorró más o menos 23 por ciento del PIB, nivel que resulta insuficiente si se compara con las tasas de ahorro interno de los países asiáticos, cercanas al 40-45 por ciento del PIB. Pero la parte más delicada es que la inversión permanece por debajo de los niveles requeridos para sostener un mayor crecimiento económico. Con 23 por ciento de ahorro, América Latina invirtió el año pasado solamente un 22 por ciento, tasas que son definitivamente insuficientes. La región tiene que invertir de manera sostenida por lo menos entre 27 y 28 por ciento para lograr un crecimiento del PIB promedio de 6 a 7 por ciento. Dado los bajos niveles de ahorro interno, la región tendrá que continuar movilizand o importantes recursos del exterior, lo que supone preservar el acceso a los mercados de capital internacionales bajo condiciones favorables y crear condiciones adecuadas para la atracción de Inversión Extranjera Directa.

América Latina y los riesgos globales

Sin embargo, como mencioné anteriormente, estamos observando un cambio en el entorno internacional y una situación coyuntural particularmente peculiar. Periódicamente ocurren crisis financieras en el mundo y usualmente los responsables de estas crisis tienden a ser los países en desarrollo. Recuerdo cómo en una reunión del Fondo Monetario Internacional, a comienzos de los ochenta, todos de una manera desesperada afirmaban: "estos latinos están llevando a la crisis del sistema económico internacional", haciendo alusión a la crisis de la deuda que se originó en México en 1982. Lo mismo ocurrió posteriormente quince años después con la crisis asiática de 1997, cuando se

originó otra crisis con epicentro en los mercados emergentes. En la actualidad, sin embargo, hemos encontrado un fenómeno nuevo. La reciente inestabilidad en los mercados financieros proviene de los países industrializados, particularmente centrada en los EEUU. Como diría mi buen amigo Guillermo Ortiz, “por si acaso esta vez no es nuestra culpa”.

De hecho, al observar las cifras macroeconómicas se encuentra algo paradójico: mientras que los países de América Latina tienen superávit fiscal, Estados Unidos registra un déficit fiscal de 6 por ciento. Algo similar ocurre en materia del balance de la cuenta corriente de balanza de pagos. A esto se suma la actual inestabilidad en los mercados financieros internacionales, en los EEUU y en los otros países industrializados, que pueden tener un impacto adverso en el resto del mundo y, desde luego, en la región.

Afortunadamente, América Latina muestra una fortaleza derivada de la adopción de buenas políticas macroeconómicas que, contrariamente a lo que se presentaba en el pasado, representan una capacidad de defensa que no se tenía antes. Es decir, la capacidad de la región de defenderse de una crisis externa es completamente diferente a la que se tenía hace 10 o 15 años. Sin embargo, la efectividad que tenga la región de blindarse de estos problemas dependerá de la magnitud de los problemas en EEUU y los canales de propagación que se den hacia el resto del mundo.

En este sentido, cabe preguntarse ¿cuánto se desacelerará el crecimiento de la economía mundial? Algunos analistas indican que Estados Unidos no entrará en una desaceleración significativa y que el impacto en el resto del mundo será bajo. Sin embargo, es indudable que un menor crecimiento en los Estados Unidos puede tener un impacto negativo muy importante en la región. Adicionalmente, una mayor aversión al riesgo puede tener una serie de implicaciones adversas en la disponibilidad de la liquidez y en la entrada de capitales externos a los mercados emergentes.

A lo anterior se suma otro tema preocupante que es una tendencia hacia un mayor proteccionismo a nivel mundial. Esto se ha traducido en unas serias dificultades en el marco de la Ronda de Doha de la OMC y que inclusive han dilatado la aprobación de los tratados de libre comercio entre los Estados Unidos y algunos países de la región. A esto se suma la resistencia de algunos países industrializados de abrir ciertos sectores sensibles, como el agrícola, situación que impide una mayor liberalización comercial.

Otro factor de preocupación tiene que ver con el incremento de la inflación a nivel global, proceso que está vinculado con la mayor demanda externa de alimentos y con el incremento en los precios internacionales del petróleo. Los países latinoamericanos no han estado exentos de esta tendencia de aumentos en la inflación. Si bien estos incrementos no son comparables con los que se observaban hace 10 o 15 años, es importante tener gran cuidado porque cuando la inflación comienza a subir es difícil controlarla, tal como lo sabemos los que

hemos vivido hiperinflaciones en varios de nuestros países. El facto clave es mantener políticas que preserven los equilibrios macroeconómicos internos.

Finalmente está, desde luego, un tema que merece una gran atención y que está relacionado con la bonanza y capacidad de los Estados de generar recursos excedentes. Ello ha permitido crear programas sociales necesarios, especialmente hacia los sectores marginales. Sin embargo, es importante asegurar la sostenibilidad de estos programas e intervenciones. Si el ciclo económico se revierte y no se crean condiciones reales de crecimiento económico, no se contarán con los recursos necesarios para financiar estas intervenciones en materia social y podrían minarse los avances logrados en reducción de pobreza y marginalidad. Esto sin duda podría constituirse en un factor que crearía tensiones sociales y políticas de impacto significativo.

Hacia una agenda integral de desarrollo

En el contexto de lo expresado durante esta exposición, permítanme señalar que la CAF propugna una agenda integral de desarrollo que contemple un crecimiento económico mucho más alto, ya que no es suficiente uno de 4 ó 5 por ciento. La región tiene que crecer entre 7 y 8 por ciento si quiere reducir la brecha que la separa del resto del mundo y disminuir las brechas domésticas existentes.

Recuerden que en los años cincuenta América Latina era la segunda región más importante del mundo, sólo por debajo de los países desarrollados. Sin embargo, hoy día ha pasado a ser la sexta y, particularmente, en los últimos 20 años ha sido desplazada por otras regiones en desarrollo. Por ende, hay que sentar las bases que permitan un crecimiento más elevado, pero que al mismo tiempo sea de buena calidad, cree empleo productivo, sea incluyente y respete la diversidad cultural y el medio ambiente.

Para la consecución de este objetivo, hay cuatro componentes que deben verse en conjunto y de forma simultánea, que deseo destacar nuevamente.

Primero, la región debe preservar la estabilidad macroeconómica y el medio ambiente, sin los cuales no es viable el crecimiento sostenido y menos aun la disminución de la pobreza e inequidad de manera permanente.

Segundo, es necesario aumentar la inversión en todas las formas de capital. Es decir, no sólo la inversión en capital físico, sino también en el humano, natural y social. Esta última forma de capital es la que permita la creación de condiciones de confianza en la sociedad, para que los diversos actores puedan dialogar y buscar consensos básicos sobre las agendas de largo plazo, que muchas veces en la región no existen.

El tercer elemento, es el aumento de la productividad, que fue analizado previamente.

El cuarto es la inclusión social como un elemento fundamental para incluir a sectores marginales, nuevos actores emergentes que han surgido en la mayoría de los países y en todas las realidades del desarrollo y que son fundamentales para el futuro.

El rol del sector financiero

¿Cómo juega el sector financiero en todo esto? Considero que ustedes como banqueros, como actores importantes del sector, tienen un rol fundamental en todos estos aspectos. En lo macro, como he mencionado, un sistema financiero que cumpla con su rol de intermediación de manera eficiente puede ser un factor de expansión sana de las economías. Sin embargo, también puede constituirse en un elemento detonante de crisis macroeconómicas. Como ustedes recordarán, varias de las crisis macroeconómicas del pasado han partido del exceso de liquidez y de la relajación de los estándares crediticios. Más aún, cabe mencionar que problemas en el sector financiero posteriormente pueden redundar en un importante costo fiscal, con implicancias sobre la estabilidad macroeconómica de los países.

En lo micro, es claro que el sistema financiero es un agente de movilización de ahorro y su canalización hacia la inversión y hacia el aumento de productividad. Principalmente debe ser un factor que contribuya al movimiento y a la transición de economías de ventajas comparativas a economías de ventajas competitivas, donde hay mayor valor agregado, más conocimiento y más tecnología.

En lo social se deben desarrollar políticas, productos y servicios que amplíen el acceso a sectores excluidos o sectores pobres de la sociedad, tanto en el ámbito urbano como el rural.

En lo ambiental, el sector financiero debe promover y ser muy consciente de comprometerse con tecnologías limpias, de financiar proyectos que sean ambientalmente sostenibles, entre otros.

El sector financiero debe contribuir también al fortalecimiento de la democracia, en especial en lo referente a temas de acceso y bancarización. Tengo la seguridad que en la medida que nuestras sociedades puedan incluir a más gente, así como construir clases medias más amplias, estaremos estimulando el fortalecimiento de la democracia en la región, un valor al que nadie debe renunciar.

Considero que en esta coyuntura, uno de los desafíos centrales para el sector financiero de la región lo constituye el manejo responsable y cuidadoso de la liquidez internacional y nacional, lo cual significa en esencia fortalecer la gestión de riesgo, el análisis crediticio y los niveles de capitalización de las instituciones. Otro factor al que debe darse prioridad es buscar mayor eficiencia para la reducción de márgenes, dada la competencia que hoy día existe.

Y, desde luego, es necesario aumentar la profundidad del sector financiero. Observo que en términos comparativos, el crédito en relación al PIB en la región representa menos del 40 por ciento, comparado con otras regiones que están por encima del 100 por ciento. Esto implica una mayor interacción entre la banca privada, los bancos centrales y las entidades reguladoras.

El papel de la CAF

A manera de conclusión, deseo destacar que la CAF tiene hoy día 17 países miembros y un programa anual de operaciones de alrededor de 6 mil millones de dólares. En los últimos 5 años, de los 25 mil millones de dólares que la CAF ha aprobado en sus diversas formas, alrededor de un 30 por ciento ha sido canalizado a través de cerca de 80 instituciones financieras, de las cuales un gran número están representadas en esta Asamblea.

La Corporación capta fondos especialmente de mediano y largo plazo para la intermediación de recursos hacia la inversión y el comercio. Somos el banquero que saca el paraguas cuando llueve, porque cuando hay sol, no se necesita paraguas. Ahora hay sol, pero cuidado, va a llover en algún momento y ahí estaremos presentes.

La institución que presido ofrece soluciones catalíticas innovadoras que facilitan la creación de instrumentos en moneda nacional, de mediano y largo plazo que permiten un mejor acceso y un mejor financiamiento a los actores económicos y sociales. De igual manera, ejercemos un importante rol catalítico para captar, dada nuestra calificación de riesgo, capital bajo condiciones más favorables para los sistemas financieros.

Estamos comprometidos en desarrollar el otro factor donde hemos puesto mucho énfasis, precisamente la dotación de facilidades y recursos financieros para los sectores excluidos. Nuestra experiencia en microfinanzas es muy rica y es producto de muchos años de trabajo. Estamos presentes en 17 países, donde trabajamos aproximadamente con 40 instituciones especializadas en microfinanzas, en diversas formas y a través de la participación accionaria, préstamos subordinados, líneas de crédito, entre otros. La experiencia acumulada por la CAF permite destacar el trabajo realizado por las entidades especializadas en microfinanzas, el cual ha sido extremadamente exitoso en la mayoría de países de la región. Asimismo, cabe felicitar a países pequeños, como el caso de Bolivia y El Salvador, que han mostrado una fortaleza importante y creatividad en esta materia.

Y, desde luego, uno de los elementos que brindamos es apoyo al fortalecimiento de un marco institucional y la promoción de una cultura de responsabilidad social corporativa como un elemento fundamental en el proceso de fortalecimiento del tejido social de la región. En ese sentido, estamos abiertos a apoyar a los supervisores, reguladores y bancos, en el fortalecimiento de todo el esquema que permita el trabajo.

Quiero concluir señalando la complacencia que tiene la CAF de haberse aliado con Felaban y apoyarles en iniciativas que consideramos de gran valor, así como de trabajar con los banqueros para analizar y atender problemas centrales que hoy día enfrenta el sector financiero en el mundo y, particularmente, la región.

¡Mucho éxito y muchas gracias!